

Los eventos de «Dune: Tesoro en la arena» ocurren entre *Cazadores de Dune* y *Gusanos de arena de Dune*.



Crónicas de Dune

Tesoro en la arena

Brian Herbert
Kevin J. Anderson



Título original: *Treasure in the Sand*
Autores: Brian Herbert y Kevin J. Anderson
Arte de portada: Phil Renne
Publicado originalmente en Baen’s Universe.
Publicación del original: 2007

Traducción: Danienlared
Revisión: …
Maquetación: Bodo-Baas
Versión 1.0
20.06.18
Base LSW v2.22

Declaración

Brian Herbert, hijo de Frank Herbert, es autor de numerosas y exitosas novelas de ciencia ficción, y de una esclarecedora biografía de su célebre padre, el creador de la famosa saga *Dune*, que cuenta con millones de lectores en todo el mundo.

Kevin J. Anderson ha publicado veintinueve *bestsellers* y ha sido galardonado con los premios Nebula, Bran Stocker y el SFX Reader's Choice.

«Cuando el último gusano muera y la última melange se recoja de nuestras arenas, estos tesoros profundos surgirán a lo largo de nuestro universo. A medida que el poder del monopolio de la especia se desvanezca y los arsenales ocultos dejen su marca, nuevos poderes aparecerán a lo largo de nuestro Imperio».

—Leto Atreides II, Dios Emperador de Dune.

Mientras presionaba con los dedos la ventana exterior de la nave de aterrizaje de la Cofradía Espacial, Lokar miraba el mundo devastado que estaba bajo el. Rakis, una vez llamado Dune, el hogar santo de los gusanos de arena, la única fuente natural de la especia, el lugar donde el Dios Emperador Leto II se había unido a la arena… Ahora todo estaba muerto, incinerado por los destructores de las Honoradas Matres…

—El planeta parece una costra gigante. ¿Cómo puede quedar algo ahí abajo? —preguntó Dak Pellenquin. A Lokar no le gustaba; era el miembro de la expedición que más había hablado, y reído más fuerte, durante todo el viaje—. Una costra gigante. ¿Esta expedición merece que perdamos el tiempo? ¿Alguien piensa lo mismo?

—Vamos a encontrar todo lo que haya que encontrar —lo interrumpió Guriff, el líder de la expedición—. Nuestro sacerdote nos mostrará dónde cavar. —Guriff tenía el pelo rapado y oscuro, ojos pequeños, y una barba hirsuta en la barbilla, que no importaba las veces que se afeitara, siempre destacaba—. Cualquier cosa que quede ahí abajo. El planeta entero es nuestro y tomaremos lo que queramos.

—Sólo porque nadie lo quiere —dijo un hombre bajo y fornido. Tenía una expresión jovial, pero con una mirada fría tras su sonrisa forzada. Se llamó a sí mismo Ivex, aunque decía que ese no era su verdadero nombre. Apoyó los pies sobre el asiento vacío frente a él.

Lokar no respondió a ninguno de ellos, agarrado a sus oraciones como a un salvavidas, con los ojos cerrados. Unirse a estos buscadores de tesoros en el planeta de partida de Cherodo, había sido un riesgo, pero el piadoso sacerdote había considerado sus opciones. Rakis fue el más sagrado de todos los mundos, hogar de los gusanos de arena que formaban parte del gran Dios Dividido. Estaba lejos de Rakis, en una misión, cuando sucedió el cataclismo. Lokar había sobrevivido de pura suerte, o por destino divino. Debía recuperar lo que pudiera, aunque no estuviera entero.

Los escáneres se habían mostrado imprecisos desde el bombardeo, y Lokar se había ofrecido a utilizar sus propios instintos y conocimiento de primera mano para guiar sus búsquedas. Entre las muchas malas decisiones, ésta era la que tenía más sentido, la única manera que podía permitirse el lujo de viajar de regreso a lo que quedaba de su amada Rakis. Una peregrinación última y desesperada.

Había accedido a acompañar a esta «expedición arqueológica» —¡qué eufemismo!— En condiciones muy específicas. La CHOAM, la antigua y poderosa organización de comercio, financió la expedición por sus propias razones, con la esperanza de un

beneficio financiero. Se había aceptado las peticiones del sacerdote, redactado un contrato, y especificado los términos. El sacerdote del Dios Dividido podría mostrar a los excavadores los lugares donde trabajar, y los hombres Guriff podrían tomar todos los tesoros físicos que lograran extraer de las arenas devastadas, pero cualquier reliquia sagrada debía ser entregada a Lokar (aunque la distinción entre «sagrada reliquia» y «tesoro» quedó en una incómoda nebulosa).

Una esbelta mujer salió de la cabina y miró a la amalgama de miembros de la expedición. Estaba en representación de la CHOAM. Alaenor Ven tenía el pelo de color oro rojizo, y le colgaba de sus hombros de una forma tan precisa y recta, que parecía estaba en un campo de nulantropía propio. Sus ojos eran de azul cristalino, sus rasgos faciales estaban perfectamente (y probablemente artificialmente) esculpidos, pareciendo los de un maniquí. En cierto modo, su propia falta de defectos la hacía parecer fría y poco atractiva.

—La CHOAM les ha proporcionado todo el equipo que van a necesitar. Cuentan con dos tópteros, dos vehículos terrestres, refugios prefabricados, las máquinas de excavación, y provisiones para dos meses. Los análisis de las sondas indican que el aire es respirable. Incluso con todo el plancton de la arena muerto, el nivel de oxígeno se mantiene aceptable, aunque disminuido.

Ivex dejó escapar una risa burlona.

—¿Cómo puede ser, si el plancton de la arena crea el oxígeno, y se quemó todo?

—Yo simplemente describo las lecturas, no las explico. Ustedes tendrán que encontrar sus propias respuestas.

Escuchando sin participar, Lokar asintió en silencio para sí mismo sobre la explicación obvia: Fue un milagro. Siempre ha habido misterios sobre el planeta Dune. Este fue sólo uno más.

—No caigan en un exceso de confianza. Rakis sigue siendo un medio hostil. —Les miró de nuevo—. Tomaremos tierra en cuarenta minutos. Nuestro horario sólo nos permite tres horas estándar para descargar y hacer los preparativos.

Los once miembros del equipo se removieron en sus asientos, escuchando aquello con atención; dos fingían dormir, como si ignoraran los retos a los que se enfrentaban, los tres restantes se asomaron por las ventanas con una mezcla de interés e inquietud. Pellenquin gritó:

—¿Tres horas? ¿No puedes esperar un día o dos? Podemos quedarnos atrapados allí.

Guriff frunció el ceño mientras se dirigió al miembro de su expedición.

—La Cofradía Espacial tiene horarios y clientes. Si no confía en sus habilidades de supervivencia, Dak, entonces no tiene sentido que este en mi equipo. Rompa el contrato y vuelva con Alaenor Ven, si quiere.

—No me importaría si ella me lleva —dijo Ivex con un resoplido. Algunos de los otros se rieron en sus asientos. La expresión de la fría y hermosa mujer de la CHOAM no cambió en absoluto.

En lo alto, el enorme crucero que les había traído hasta aquí, permanecía en órbita sobre el planeta desierto y quemado cuando el transbordador aterrizó. La superficie había sido totalmente destruida por aquellas armas devastadoras, y las ciudades arrasadas, las montañas ahora eran de cristal, los océanos pura arena vitrificada. Apenas quedaban marcas reconocibles en la superficie, por el magnetismo impredecible del planeta, pero el escaneo de las sondas había encontrado suficiente cantidad de restos de calles para identificar a la ciudad sepultada de Keen. El equipo instalo un campamento allí.

Cuando las puertas del carguero se abrieron en la llanura vidriosa abrasada, el equipo de Guriff llevaba intensificadores de oxígeno con tanques suplementarios sobre sus hombros… pero Lokar fue el primero en retirar su respirador e inhalar profundamente. El aire estaba enrarecido y seco, con un desagradable olor a quemado, pero aun así, cuando él le llenó sus pulmones, le supo a dulce. Regresaba a su casa. Cayó de rodillas en la dura y quemada arena, dando gracias al Dios Dividido por traerlo de vuelta con vida, y por ayudarlo a continuar su trabajo santo.

Guriff se acercó al sacerdote arrodillado y lo empujó bruscamente.

—Ahora a trabajar, y a rezar más tarde. Va a tener tiempo de sobra para estar en comunión con el desierto, cuando hayamos establecido el campamento.

Con un horario apretado, la tripulación se lanzó a la tarea que tenían entre manos. Guriff les gritaba órdenes, y los excavadores le hacían caso o le ignoraban, pero de alguna manera todo lo que se iba desarrollando según lo previsto. Descargaron los transportes terrestres y tópteros las estructuras del refugio, las tiendas prefabricadas, las cajas de alimentos, y los barriles de agua. Para proteger a los tópteros y vehículos de exploración, montaron un hangar.

Como refugio propio, Lokar había pedido una tienda del desierto sencilla. Para entender realmente este planeta, para tomarle el pulso, los libros sagrados del Dios Dividido decían que era mejor vivir en la superficie y en las formaciones rocosas naturales, frente al calor, las tormentas de arena, y los gusanos gigantes. Pero este no era el Rakis antiguo, era una enorme extensión de arena arrastrada por el viento. Gran parte de la arena suelta se había convertido en vidrio, y seguramente los gigantescos gusanos de arena habrían muerto abrasados. Se había perdido toda vida en Rakis.

Los excavadores hablaban con entusiasmo del gran tesoro del Dios-Emperador que se decía aún ocultaba Rakis. Aunque nadie había encontrado nada en miles de años, debido a las condiciones actuales de Rakis, esperaban que la devastación habría hecho emerger algo de las profundidades.

En menos de una hora estándar, habían descargado los equipos y suministros. Mientras, la representante de la CHOAM miraba la tierra baldía, consultando con frecuencia el cronómetro de su muñeca. Dio un paso atrás en el transporte cuando llegó la hora.

—Una nave vendrá por todo lo que hayan encontrado dentro de treinta días estándar. Contará y evaluará cualquier cosa de valor que conserve este planeta. —Alzó la voz—: ¡No nos defrauden!

Con un zumbido de los motores a suspensión y un rugido en el aire, el gran transbordador ascendió hacía la atmósfera rakiana, dejando a Lokar y los hombres de Guriff solos en el planeta…

Como si fueran unas abejas obreras frenéticas, los cazadores de tesoros encendieron sus equipos, listos para comenzar el trabajo. Guriff y sus hombres se dispersaron con las sondas de mano, utilizando varios modelos de escáneres ixianos de penetración en el suelo, en un inútil intento de encontrar algo a través de la superficie de arena. Lokar los miraba con paciente escepticismo. El Dios Dividido nunca haría su trabajo de manera tan sencilla. Tendrían que trabajar, sudar y sufrir para lograr resultados. Estos hombres tendrían que aprenderlo, él ya lo sabía.

Caía la tarde, con el sol bajo en la atmósfera agitada, pero los hombres estaban ansiosos por ponerse en marcha, frustrados por la larga espera de la jornada. Hicieron mucho ruido, a diferencia de los viejos tiempos cuando esas vibraciones atraían a los monstruosos gusanos. Ya no era así. Lokar se sintió triste.

Apartándose de todos, marcho hacía un lugar bajo, una depresión vidriosa que tenía algo que le hacía pensar que esto podría ser el centro de la ciudad perdida. Se situó cerca de unas rocas escarpadas en las que distinguía el lugar dentro de un entorno sombrío. Tenía buenas sensaciones, como si toda su vida y todas sus experiencias, grandes y pequeñas, le habían apuntado en esta dirección.

Los sacerdotes del Dios Dividido había puesto a salvo muchos de los tesoros del Dios-Emperador en su templo de la ciudad de Keen. A pesar de que tenía sólo un rango medio, Lokar había visto una vez las protegidas bóvedas subterráneas. Tal vez las cámaras estaban suficientemente enterradas bajo la superficie para haber sobrevivido al bombardeo.

El aire, seco y fino, era inquietantemente fresco, como si el gran horno del planeta se hubiese apagado. Pero él no podía dejar de creer que su Dios Dividido aún vivía allí, de alguna manera. Mientras miraba fija e hipnótica atención la brillante superficie fundida, Lokar comenzó a apreciar todo un conjunto diferente.

Caminó alrededor de la ciudad arrasada sintiendo aún mayores sensaciones. Con cada paso del camino, sabía exactamente dónde estaba. Cuando entrecerró los ojos, las estructuras antiguas comenzaron a aparecer en torno a él como espejismos, bailando en la arena de color espectral, vacilantes, como si su mente tuviera su propio escáner. ¿Estoy volviéndome loco o recibo una guía divina?

A unos cientos de metros de distancia, los demás se reunieron alrededor del líder de la expedición; enfadados, lanzando al suelo y maldiciendo sus inútiles sondas. Pellenquin gritó:

—Nos lo dijeron. ¡Nuestros condenados escáneres no funcionan aquí!

Aunque Guriff sacó un mapa, impreso en papel fino de especia, él y sus compañeros no podían obtener lecturas. Molesto, se lo metió en el bolsillo.

—Tal vez nuestro sacerdote tenga una revelación —dijo Ivex con una sonrisa forzada.

Guriff los llevó a Lokar.

—Sacerdote, es mejor que empieces a ganarte el sueldo.

Aun viendo las imágenes espectrales de la ciudad perdida, asintió con la cabeza distraída.

—El Dios Dividido está hablando a través de este planeta. Toda su tecnología no lo destruyó. Rakis aún tiene pulso.

—Nosotros no lo destruimos —protestó Pellenquin—. No nos culpe a nosotros por ello.

—La humanidad es un solo organismo. Todos somos responsables de lo que ocurrió aquí.

—Está hablando raro —dijo Ivex—. Otra vez más.

—Si te empeñas en pensar de esa manera, nunca entenderás nada. —Lokar entrecerró los ojos, y el esplendor ilusorio de la gran ciudad bailó más allá de los hombres—. Mañana, te mostraré el camino.

Mientras dormía solo en su frágil tienda, escuchando el susurro silencioso del exterior, Lokar vivió un sueño peculiar. Vio el templo de Keen, restaurado en todo su esplendor, con sacerdotes vestidos de negro haciendo su trabajo como si el Dios Dividido pudiera vivir para siempre.

Lokar no había formado aparte de la élite de los sacerdotes, a pesar de que se habían sometido a los rituales y las pruebas que algún día podrían concederle la entrada a los santuarios más secretos. En su sueño, miraba por la rendija de la ventana de una torre que daba a la arena, el reino de los santos gusanos. Una procesión de sacerdotes encapuchados entró en la habitación de la torre y se reunieron alrededor de él. Se quitaron la capucha para revelar sus rostros: Guriff, Pellenquin, Ivex, y los demás.

Aquello lo despertó, y se sentó en la oscuridad de su tienda. Asomó la cabeza a través de los pliegues, oliendo la humedad, que era diferente de cualquier olor rakiano que pudiera recordar. ¿Qué le había hecho el bombardeo a los ciclos de agua en este planeta? En otros tiempos, había escondites subterráneos de agua, pero los destructores los habrían dañado, abierto sus sellos. Respiro hondo, saboreando el olor. ¡Aire húmedo en Rakis!

Sobre el horizonte del este, desconcertantemente escarpado y bacheado, el cielo brillaba de color rojo suave y luego se iluminó con el amanecer. Los buscadores de tesoros salieron de las rígidas paredes de los refugios y arremolinándose.

Lokar caminó por la arena. Los hombres formaron un círculo exterior, abriendo los paquetes de alimentos y bebidas proporcionados por la CHOAM. Cogió un paquete de desayuno y se unió a ellos, levantando una taza de café autocalentada. El café debería llevar melange, especialmente en Rakis. Había pasado tanto tiempo desde su último buen café de especia.

Ansioso por empezar, el fornido Ivex puso a prueba su nuevo escáner de mano. Con disgusto lo arrojó en un contenedor de almacenamiento a medio enterrar.

Al atardecer, la noche anterior, sus dos tópteros exploradores habían despegado para echar un primer vistazo por los alrededores. Cuando regresaron, los hombres salieron de

ellos como abejas enfurecidas. Lokar no tenía que escuchar sus quejas. Sus rostros lo decían todo. Rakis no había cumplido con sus expectativas, y ahora estarían atrapados aquí durante al menos un mes.

Guriff dijo:

—Confiamos en ti, sacerdote. ¿Dónde está el templo enterrado? —Apuntó sobre su hombro izquierdo—. ¿Por ahí?

—No. Las oficinas del Gobierno estaban en esa dirección, y también el alcázar de la Bene Gesserit.

El líder de la expedición revolvió el mapa de papel de especia.

—¿Así que el templo está más hacia el oeste?

—El mapa es erróneo. Calles importantes y edificios han desaparecido. No vale la escala

—Los documentos fiables sobre Rakis son difíciles de conseguir, sobre todo ahora. Nadie pensó que los mapas de Keen, volverían a ser útiles de nuevo.

—Yo soy tu único mapa fiable ahora. —Que fácilmente habría sido engañarles, pero estaba ansioso por explorar el templo por sí mismo, y ellos tenían las herramientas adecuadas. —Recuerda, de acuerdo con mi trato con la CHOAM, seré el guardián de las reliquias más importantes. Y yo decido qué reliquias son las más importantes.

—Sí, sí. —Los ojos de Guriff brillaron de rabia—. Pero primero hay que encontrar algo por lo que podamos discutir.

Lokar señaló hacia el noroeste.

—El gran templo de Keen está por ahí. Síganme.

Como si su comentario hubiera disparado el pistoletazo de salida en una carrera, los excavadores corrieron hacia sus máquinas de excavación y tópteros, y comenzaron a ensamblar los componentes. Había visto las potentes máquinas de ruedas en Cherodo, durante la preparación para la expedición.

Mientras el sacerdote guiaba a los cazadores de tesoros a través de la arena desierta, este esperaba que estuviera haciendo lo correcto. Si Dios no quiere que yo lo haga, él me lo dirá. Con cada paso, un estado de trance más intenso se apoderó de él, como si el Dios Dividido se siguiera comunicando con él a través del cosmos, le decía al sacerdote exactamente qué hacer, a pesar de los graves daños que se habían cometido contra Él.

Con los ojos entrecerrados, Lokar absorbía las imágenes de los edificios perdidos, y la grandeza de Keen bailaba a su alrededor. Estos infieles solo ven las arenas movedizas muertas a su alrededor. Él condujo a los hombres a lo largo de una vía que sólo él podía ver, un bulevar amplio que una vez había sido forrado con devotos seguidores. Detrás de él, los hombres charlaban con ansiedad por el ruido suave de sus máquinas excavadoras autopropulsadas.

En la entrada principal del templo, donde un puente de estatuas alineadas daba paso a la profundidad, Lokar señaló con un dedo vacilante hacia abajo.

—Cavad allí. Cuidadosamente.

Dos hombres se pusieron los trajes de protección y se subieron a un par de máquinas excavadoras. Uno al lado del otro, empezaron a perforar en ángulo profundo la superficie de arena fundida, abriendo un hueco con paredes de suave pendiente. Tras ellos, los tubos de escape arrojaban la suciedad de vuelta a la superficie con mucha fuerza, arrojando el material al aire.

Guriff le entregó un kit portátil de imágenes al sacerdote.

—Es para ver el progreso de la perforación. Díganos si ve algo extraño.

Cuando Lokar se puso el dispositivo, las imágenes ilusorias de la ciudad se desvanecieron en su mente, dejando sólo cruda realidad. Vio cómo los excavadores llegaron a un metro de una superficie vidriosa negra, varios metros bajo la superficie. Los restos de una estructura fundida que había sido cubierta por la arena aparecieron. Los faros de las máquinas de excavación revelaron una puerta parcialmente al descubierto y un antiguo símbolo.

Transmitió una señal urgente de los excavadores, detengan sus máquinas.

—¡Han llegado a la entrada de una de las cámaras de reunión! —Él y Guriff bajaron por la pendiente formada en el agujero, formado por los excavadores—. Retirad la puerta con cuidado.

Uno de los hombres activó un taladro pequeño de su máquina, mientras que el otro usaba una mano mecánica que contenía varios cartuchos negros de pequeño tamaño. Mientras Lokar y Guriff miraban, los hombres hicieron agujeros en la puerta e insertaron los cartuchos. Antes de que el sacerdote pudiera expresar su alarma, pequeñas explosiones se sucedieron, y la antigua puerta pesada se estremeció y se inclinó, creando una abertura estrecha a un lado de las bisagras. Los hombres utilizan un gancho para tirar de la puerta abierta, y entonces brilló una luz brillante dentro de la cámara.

El techo se derrumbó parcialmente como si un nubarrón hubiera descargado en la habitación montones de escombros. Lokar se coló a través de la apertura y entró en la habitación, exigiendo el derecho de la primera inspección. Se inclinó por debajo de una sección del techo que se derrumbó parcialmente, hundiendo el duro suelo.

—Todo esto podría ceder —le advirtió Guriff. Lokar lo sabía, pero el Dios Dividido no permitiría que ocurriera después de todo lo que había pasado.

Su corazón latía con fuerza cuando vio un objeto brillante entre un montón de escombros y lo apartó a un lado. Un gran vaso de color platino con una tapa grabada, para que la sangre simbólica de Dios no se evaporara en el aire seco del desierto.

Profundizando entre los escombros encontró algo más interesante, una pequeña estatua de oro de un gusano de arena saliendo del desierto y girando su rostro orgulloso, sin ojos, mirando hacia arriba a los cielos. Emocionado, el sacerdote lo puso junto a la copa.

Entonces, como un milagro, se dio cuenta de la humedad que se filtraba hacia abajo en una pared tras la pila de escombros. ¿Podría ser? ¿Cuál era la fuente? Al oír un estruendo, miró hacia arriba y vio que el techo empezaba a caer sobre su cabeza. ¡El agua

se vertía sobre el en Rakis! Agarró la copa y la estaquilla, y corrió hacia la puerta, que se derrumbó tras de él con un rugido.

—¿Qué tienes ahí? —El líder de la expedición le preguntó, mirando la copa como si nada extraordinario hubiera sucedido con el derrumbe.

—Esta copa debe tener algún valor para usted. Creo que está hecha de metal raro. —Lokar se la entregó a Guriff, mientras deslizaba la escultura del gusano de arena en el bolsillo de su túnica mojada—. Esto es algo más sagrado. No está hecha para los ojos de los no iniciados.

Con un encogimiento de hombros, Guriff dijo:

—Es un comienzo. —Quitó la tapa de la copa de metal para investigar si el vaso grande contenía cualquier otro tesoro. Gritó cuando una pequeña criatura saltó del vaso y corrió hasta la mitad el túnel inclinado, luego se detuvo y miró a los intrusos con ojos pequeños y oscuros.

—¡Esa maldita cosa me mordió! —Guriff se frotó una mancha roja en el pulgar—. ¿Cómo diablos lo hizo para sobrevivir?

—Es sólo un ratón —dijo uno de los hombres—. Algo está vivo aquí, después de todo.

—Un ratón del desierto. Los Fremen antiguos los llamaron Muad'Dib —murmuró Lokar con temor—. El ratón que salta.

Los dos dejaron sus máquinas excavadoras y corrieron hacia la pendiente inclinada, a carcajadas, persiguiendo a la criatura.

—Terrible catástrofe caerá sobre todo aquel que haga daño a un Muad'Dib —exclamó Lokar. El roedor con facilidad se escabulló de sus perseguidores y desapareció en una pequeña abertura en la puerta. Guriff entorno los ojos—. ¿Ahora se considera a un ratón como objeto sagrado?

Dos semanas más tarde, el sol parecía una capa de sangre derramada sobre una llama. Una línea de polvo siniestro se aproximaba por el horizonte. El aire alrededor del asentamiento, que normalmente estaba en un completo silencio, estaba ahora vivo, con un ruido de fondo de truenos que parecía sepultarlos. Lokar sabía lo que significaban esos signos. Debido a sus debilidades humanas, sintió la emoción del miedo; por causa de su fe religiosa, sintió temor. Rakis fue herido, tal vez mortalmente, pero no había muerto del todo. El planeta estaba inquieto en su sueño.

—¿¡Qué no daría yo por un satélite meteorológico…!? —Guriff apoyó las manos en sus caderas y olfateó el aire—. Esto parece muy peligroso. —Ya había llamado de vuelta a los tópteros y los vehículos terrestres, aunque un equipo aún continuaba excavando en los túneles de Keen, en un laberinto subterráneo.

—¿Sabes lo que es? —dijo Lokar—. Se puede ver. Es una tormenta, tal vez la madre de todas ellas.

—Pensé que con el bombardeo, con la fusión de tanta arena, el habitual efecto de Coriolis…

—Esto no va a ser algo normal, Guriff. No lo es de ninguna manera. —El sacerdote siguió mirando. No se había movido—. Todo el medio ambiente se ha sumido en el caos. Algunos patrones del clima podrían haber sido suprimidos, y reactivaron los demás. —Lokar asintió con la cabeza mirando hacia el horizonte de color rojo sangre—. Tendremos suerte si podemos sobrevivir esta noche. —Tomando en serio la advertencia, Guriff gritó a sus hombres, tomó un commLink y convocó a sus equipos para una reunión de emergencia inmediata—. ¿Dime entonces, sacerdote, qué hacemos? Has vivido aquí cuando había tormentas. ¿Cuál es la mejor opción para refugiarnos? ¿En los túneles bajo Keen, o escondidos dentro de nuestros refugios? ¿Qué pasará con el hangar? ¿Estarán los vehículos a salvo?…

Lokar respondió con una sonrisa vacía y un encogimiento de hombros.

—Yo me quedaré en mi tienda, pero pueden hacer lo que mejor les parezca. Sólo Dios nos puede salvar. No hay refugio en el universo que puede protegernos si considera que esta noche es la noche en que debemos morir. —Guriff maldijo entre dientes, luego caminó para encontrarse con su gente…

Esa noche, el viento aullaba como una bestia despertándose, y la arena abrasiva rayaba el tejido de la pequeña tienda del sacerdote. La tormenta susurró y murmuró tentaciones desesperantes como la voz ronca de Shaitan. Lokar apretó sus huesudas rodillas contra su pecho con sus brazos alrededor de ellas, los ojos estaban cerrados. Recitó sus oraciones una y otra vez, alzando la voz hasta que fue prácticamente gritando contra el ruido exterior. El verdadero Dios podía oír hasta el más mínimo susurro, sin importar lo que el ruido de fondo pudiera ser, pero Lokar se consolaba al escuchar sus propias palabras.

La tela de la tienda reforzada estaba tensa, como si los demonios respirasen en su contra. Lokar sabía que podía sobrevivir a esta tormenta. Una tormenta tenía un incuestionable poder, pero su fe era más fuerte.

Lokar pasó así la noche, meciéndose. Oyó un ruido y un gemido que procedía del campo. Las estructuras, fuertemente blindadas, eran destruidas por el viento, pero si él salía corriendo afuera, los granos de arena le desollarían la carne de sus huesos.

Los hombres del equipo de Guriff habían hecho su elección y sus apuestas. Algunos se habían quedado bajo tierra en Keen, mientras que otros creían en la seguridad de sus propias estructuras. Su destino había sido escrito por una mano de fuego en el libro de los cielos, desde el momento en que nacieron.

Llego la mañana, y la tormenta había pasado. Lokar vería lo que había sido decidido por Dios. Pasaron las horas. No había dormido, realmente estaba aún en un trance profundo. Arena y polvo le salpicaban la cara, apelmazada en los ojos y nariz. Parpadeó y miró a su alrededor para ver la luz del día. Milagrosamente, su tienda aún se mantenía en pie, pero la tela había sido rasgada hasta quedar los restos de gasa fina. Brisas, ahora suaves tras haberse agotado los vientos terroríficos, entraban a través de los pequeños huecos de la tienda, revolviéndolo todo. El sacerdote se levantó y separo las fibras finas de la tela de araña de la pared de su tienda, como un hombre saliendo de un útero.

Rakis parecía prístino y virginal. Parpadeó en el resplandor del amanecer, se frotó el polvo de su rostro, y miró el paisaje. El sol de la mañana brillaba sobre la arena fresca que había sido liberada de la corteza vidriosa que cubría muchas dunas.

Escombros de todo el campamento se habían dispersado, probablemente sobre una extensión de kilómetros. Cerca de allí, una de las estructuras prefabricadas había sido destruida, y dentro, todo el mundo estaba seguramente muerto. Aunque la cúpula hangar también voló, los vehículos y tópteros aún estaban intactos, aunque dañados.

Lokar oyó gritos y voces, otros miembros del equipo de excavación saliendo de donde se había resguardado esa noche, evaluando las pérdidas, contando las víctimas y maldiciendo. La voz de Guriff era inconfundible, mientras gritaba obscenidades, buscando de un conjunto de restos a otro. Lokar no podía creer que hubiera sobrevivido en su pequeña tienda, que debería haber sido arrastrada. No había ninguna explicación lógica, pero un sacerdote del Dios Dividido no se preocupaba por la lógica. Se encontró envuelto en su propia revelación, su propio éxtasis. Se agachó sobre la arena fresca a sus pies, tomó un puñado y la miró en su palma. Se pellizcó un solo grano entre los dedos pulgar e índice y se la llevó a la luz del sol, estudiándolo. Vio, incluso en esta pequeña mota de sílice, un símbolo de poder milagroso, divino. Sonrió.

Sin previo aviso, Guriff le dio un golpe a Lokar en un lado de la cabeza. El sacerdote parpadeó y se volvió hacia el jefe de la expedición, cuyo rostro estaba rojo de ira y disgusto. Guriff había perdido mucho durante la noche y tenía que descargar su ira con alguien. Lokar le miró.

—Deberías estar agradecido, Guriff. Has sobrevivido. —Desalentado, el hombre se alejó. Más tarde, Lokar fue a reunirse con él, ofreciéndole su ayuda. Dios los había salvado por una razón.

Las ropas del sacerdote destacaban en lo alto del peñasco, mirando a través del moteado desierto sin vida. El polvo en el aire hacía que el sol naciente de color naranja apareciera más grande de lo normal. Al igual que aves inmensas montadas sobre las corrientes de aire, los dos ornitópteros reparados volaban a baja altura a través de la noche del desierto, agitando sus alas rítmicamente. La semana tras la tormenta, disgustado con la falta de éxito en Keen, Guriff había enviado a sus exploradores a buscar en las regiones polares del sur otros restos de tesoro. Optimistas y poco realistas, los excavadores esperaban poder encontrar signos de restos expuestos por la tormenta. Lokar sabía que no iban a encontrar nada. El Dios Dividido sólo revelaría su tesoro a los fieles, como era él mismo.

Lokar bajó de la roca y se abrió paso a través del campo de aterrizaje improvisado. Guriff salió al encuentro de las tripulaciones de los tópteros y recibir su informe. El líder de los exploradores se sacudió el polvo de su ropa.

—No hay nada en el sur. Aterrizamos más de veinte veces y excavamos, tomamos muestras de núcleos, pruebas de los escáneres de profundidad… —Negó con la cabeza—. Parece que Keen es todo lo que tenemos.

Al fondo, el sacerdote oyó el sonido de los motores volviendo a la vida, el zumbido de las máquinas en los túneles despertándose con el día. Los equipos de excavación había descubierto hasta ahora un puñado de artefactos, un cofre sellado de ropa, piezas de cubiertos, muebles rotos, partes de tapices, algunas estatuas relativamente indemnes.

—Ningún coleccionista pagaría más de diez solaris por estos restos —había dicho Pellenquin con disgusto. El sacerdote no compartía el sentimiento general de decepción. Si persistían en sus esfuerzos, quizás obtuvieran premio. Pero Dios tenía sus propios trucos, y tal vez Guriff y su equipo no alcanzarían el tesoro.

Cuando los exploradores, que regresaban del segundo tóptero, se fueron a dormir al calor del día, el suelo del túnel tembló. Al otro lado del campo, una nube de polvo salió a borbotones hacia arriba, acompañada de un ruido sordo y gritos. Guriff y los hombres corrieron hacia las excavaciones.

—¡Cavad! —Al cabo de una hora, trabajando todos juntos, sacaron dos cuerpos del derrumbe. Lokar reconocido a un par de jóvenes que habían estado trabajando duro, ansiosos de ganar su fortuna. Guriff amargamente observó los cuerpos mientras los envolvían para la cremación química.

El equipo aún estaba conmocionado por los daños que la tormenta inesperada les había infligido.

—Hay un tesoro en Rakis —le dijo Lokar, tratando de tranquilizarlo—. Sólo tenemos que mirar en el lugar correcto.

—¡Estás tan ciego como tus preciosos gusanos, sacerdote!

—Los gusanos de Rakis no eran ciegos. Simplemente veían de una forma diferente.

—Ellos no vieron la destrucción de su planeta que venía —dijo Guriff y Lokar no tuvo respuesta. Contemplando el paisaje del planeta arrasado, Lokar decidió marchar al desierto. Aunque iba sin agua ni provisiones, caminó durante horas con el brillante calor del día. Se aventuró mucho más allá del campo de lo que había estado nunca antes.

En la arena, instintivamente, Lokar caminaba con un paso irregular, arrastrando los pies a la manera de los Fremen que vivieron aquí, como si los gusanos todavía existieran en lo profundo de la tierra y fueran capaces de detectarle. Sintió que algo le impulsaba hacia adelante, activando sus energías, seduciéndolo.

Lejos de la vista del campamento, con sólo un rastro de huellas que serpentean tras de él para mostrarle el camino de regreso, Lokar subió a una amplia formación rocosa, retorcida bajo el sol de la tarde. Llegó a la cima y miró a través la extensión desierta. Algo oscuro y redondeado le llamó la atención, un obstáculo lo suficientemente grande como para formar un borde marcado de la sombra. Parecía que le llamaba.

Lokar se dirigió hacia el otro lado de la roca y avanzó por el desierto. El montículo sinuoso era mayor de lo que parecía, como si la mayor parte estuviera recubierta por la arena. La parte exterior estaba manchada y degradada con manchas negras, como el tronco de un árbol gigante enterrado. Lo tocó y retrocedió un paso cuando la arena y el polvo se desprendieron, mostrando una superficie áspera y pedregosa. Lokar cayó de rodillas en el polvo. Un gusano de arena había subido a la superficie y había muerto

durante el bombardeo de Rakis, quemado vivo. Estos restos cartilaginosos resistieron, fundidos con una capa de arena vidriosa, expuestos a las tormentas.

En la arena suelta que se había reunido al abrigo del gusano, descubrió una bola del tamaño del puño de vidrio transparente, perfectamente esférica. Lleno de asombro, Lokar desenterró, y luego encontró, otra esfera fundida enterrada junto a la otra. Estos nódulos de arena fundida eran consecuencia del calor inusual por la ferocidad del ataque. Pero puestos donde estaban, debajo de la cabeza del gusano caído, Lokar lo interpretó como algo totalmente diferente: Las lágrimas de Dios. En el paisaje arruinado, mirando con asombro los restos del gusano muerto hacía mucho tiempo, Lokar sintió un nuevo tipo de luz que le inundaba desde todas direcciones. Igual que había visto visiones fantasmales de la ciudad perdida de Keen, ahora también veía todo el planeta como había sido en su periodo de gloria. No importaba lo que las Honoradas Matres habían hecho, el esplendor de Rakis no se había ido del todo. El tesoro estaba en todas partes, para todos los fieles. El sacerdote sabía exactamente lo que el Dios Dividido quería que hiciera. Lokar sonrió beatíficamente.

—Simplemente no estábamos buscando con el enfoque adecuado.

El carguero de la CHOAM regresó al cabo de un mes, exactamente en la fecha prevista. Explorando al azar en las ruinas de Keen y el Templo derruido, Guriff ordenó a sus excavadores continuar su trabajo hasta el último minuto, con la esperanza de encontrar algún tesoro perdido para justificar la expedición. Guriff había logrado organizar lo que quedaba de su equipo, pero ya hacía dos días que el inútil sacerdote había desaparecido. Guriff había enviado un ornitóptero a buscarlo, pero abandonó el esfuerzo después de unas horas. Lokar estaba loco, y nunca debieron haber perdido el tiempo o gastado suministros en su búsqueda. Pero la empresa lo había contratado, y lo hubieran despedido si no hubiera hecho nada.

Tan pronto como el gran carguero de la CHOAM aterrizó, muchos operarios surgieron de él, corriendo como hormigas en la arena. Abrieron las puertas de carga y retiraron el equipo. Guriff se sorprendió al ver al sacerdote desembarcar en las arenas quemadas junto con la hermosa y fría Alaenor Ven. ¿Cómo habían llegado juntos? El carguero debió haberlo encontrado vagando como un loco en la arena. Guriff no sabía por qué se habían molestado en rescatar a ese hombre.

Al observar a Lokar y la mujer hablando, sin ni siquiera mirar en su dirección, el líder de la expedición cerró los puños. Sintió la tentación de acercarse y derribar de un puñetazo al sacerdote por ser tan imprudente, y no actuar como parte de su equipo. Pero se dio cuenta de que su estallido sería pueril, y dudaba que la fría representante de la CHOAM tuviera tiempo ni paciencia para jueguecitos de poder. En cambio, Guriff decidió que sería mejor para él no hacerles el más mínimo caso, retirarse a la cámara de mando, y recoger documentos y registros. Ya vendrían por él. Selló la puerta para evitar la pérdida de humedad y oxígeno, y se preparó una taza de café de potente sabor a especia, procedente de los últimos suministros que le quedaban.

Mientras estaba sentado en la cámara sellada, Guriff escuchaba el zumbido de máquinas excavadoras en el exterior, el ruido de equipos. ¿Más excavadoras? No sabía lo que la compañía estaba haciendo por allí, ni podía entender por qué Alaenor Ven seguía ignorándolo. ¿Acaso no quería ver su informe? Al fin se abrió la puerta, y entró en su cámara sin llamar o pedir permiso. Probablemente pensó que era suyo todo el campamento, ya que para eso la CHOAM se lo había suministrado.

No dejándola tomar el control de la conversación, Guriff se encaró ante su mirada de ojos azul claro.

—A mi equipo y a mi nos gustaría quedarnos un mes más. No hemos encontrado la riqueza que se esperaba, pero estoy convencido de que las leyendas del tesoro del Dios-Emperador son ciertas. —No tenía ninguna evidencia directa que respaldara lo que dijo, pero él no quiso darse por vencido. Todavía no. Ella respondió con una leve sonrisa.

—Oh, el tesoro está aquí, con muchas más riquezas de las que pudimos imaginar, y quizás más de las que la CHOAM podría vender.

—Entonces las encontraré —dijo Guriff—. Vamos a seguir investigando, seguir cavando.

—Tal vez encuentre algo de interés, pero mi transporte ya tiene la bodega llena de tesoros, algo que quizás haya pasado por alto. Es bastante ridículo, debo decir. Encontramos al sacerdote Lokar en el desierto, y me convenció de que había encontrado algo de gran valor. Los sacerdotes son muy buenos vendedores, ya sabe.

Guriff se puso al rojo vivo.

—¿Qué ha encontrado el sacerdote loco? No informó de nada. —Apartó a la mujer y se dirigió al carguero. Lokar estaba en la rampa, mirando al vació como un santo. Las últimas piezas grandes de equipo ya estaban de nuevo a bordo. Una gran parte de excavación se había hecho en la arena alrededor de la zona de aterrizaje. Guriff lo agarró por el cuello de su túnica. Se sentía traicionado. Después de todo su esfuerzo, todos los desastres a los que su equipo se había enfrentado…

—¿Qué has estado ocultándome?

—Yo he ocultado nada. Estuvo frente a vosotros todo el tiempo.

—Explicate.

—Yo soy un mensajero de Dios, elegido para continuar su gran obra. A pesar de que nuestros sacerdotes están casi todos muertos y que todos nuestros templos levantados aquí en Rakis han caído, nuestra creencia sigue estando muy extendida por toda la galaxia. Muchos nuevos cultos y sectas han surgido de nuestra creencia. Los fieles siguen creyendo. Ellos necesitan más. Ellos necesitan a su Dios Dividido.

—¿Qué tiene eso que ver con el tesoro? —Lokar se dejó caer por la rampa de la nave, sentándose allí, como si meditara. Guriff quería estrangularlo.

—Simplemente no lo entiende, Guriff. —La mujer de la CHOAM caminó tranquilamente hacia él—. El Tesoro y la riqueza son una cuestión de definiciones. Ha definido su búsqueda de manera demasiado estrecha. —Guriff subió por la rampa, haciendo caso omiso de ella, exigiendo ver exactamente lo que había cargado en la

bodega. Los trabajadores de la CHOAM y la Cofradía Espacial habían regresado a sus asientos, y se disponían a despegar. Cajas de suministros del nuevo campamento quedaban en el desierto dispuestas a ser apiladas por los excavadores. Sin duda era lo suficiente como para pasar allí un mes más. Le pediría a la mujer se llevara a Lokar cuando despegara.

Guriff se abrió camino por el pasillo de la nave con Alaenor Ven tras él. Llegó a la parte de atrás, donde una escotilla llevaba a la bodega de carga.

—Se olvidó de reconocer la importancia y el poder de la religión —oyó decirle—. Incluso si los fanáticos no son personas ricas, sacrificarán todo lo que tienen por pagar por algo que crean que es importante. Ellos realmente veneran a su Dios Dividido. —Guriff operó los controles de la bodega, pero al precipitarse no pulsó el botón apropiado y se dio un golpe con la escotilla. Finalmente se abrió. Toda la bodega del carguero estaba llena de arena. Arena común.

La mujer CHOAM continuó sonriendo.

—Los fieles buscan cualquier tipo de artefacto de Rakis. Reliquias sagradas. Incluso en el mejor de los casos, sólo los más ricos y más fieles pueden darse el lujo de hacer una peregrinación a su Dune sagrado. Ahora que el planeta está muerto y casi no hay peregrinaciones, todos los restos del bendito Dune valen aún más.

—¿Está pensando en vender arena?

—Sí. Hermoso en su sencillez, ¿no es cierto?

—Nunca escuche nada tan absurdo.

—La CHOAM solicitará los derechos mineros necesarios y patentes para evitar la piratería. Cuando se corra la voz, por supuesto, habrá contrabandistas, pero esos son todos los pequeños problemas a los que podríamos enfrentarnos.

Lokar se acercó a ellos y sonrió mientras miraba en el polvo en suspensión de la bodega llena de arena. Dando un paso adelante, se inclinó y metió las manos en ella, tirándola a puñados.

—¿No es maravilloso? Por todo el Imperio Antiguo, incluso un pequeño vial de esta arena se venderá por muchos solaris. La gente hará cola por un solo grano, por tocar el polvo con sus labios.

—La arena debe fluir —dijo la mujer—. ¡Vosotros dos sois un par de idiotas! —Disgustado, Guriff salió del transporte y fue a encontrarse con lo que quedaba de su tripulación. Se mostraron felices por los víveres frescos recibidos. Cuando le preguntaron por el sacerdote, y por lo que la representante de la CHOAM le había dicho, se negó a responder ásperamente, ordenándoles que volvieran al trabajo. Todos ellos habían arriesgado todo por venir aquí, y tenían que encontrar algo que valiera la pena en Rakis. Algo más que arena.

A medida que el carguero despegaba, levantando un gran chorro de arena a su alrededor (sin ningún valor en su opinión), Guriff observaba el paisaje estéril, y se imaginaba el verdadero tesoro que allí había, el tesoro que él iba a encontrar.

FIN